

Sonría, estamos filmándolo

por Pablo Ingberg

El mundialmente célebre barrio rojo de Amsterdam ha generado recientemente un motivo adicional para su fama: los viandantes que se pasean por ese acuario del sexo observando a las pececitas de colores a través de las vitrinas, son a su vez observados, sin que ellos lo sepan, a través de cámaras ocultas que vigilan la seguridad... ¿de quién?

Libertad vigilada

Amsterdám, como toda ciudad superpoblada, está muy expuesta a la delincuencia. Gracias a eso, la venta de sistemas de seguridad, sofisticadas cámaras incluidas, se ha convertido últimamente en uno de los negocios más rentables: tanto las empresas como los particulares son sus clientes. Quizá sea ése el motivo por el cual, en un país donde no se realiza un censo desde 1971 porque la gente lo considera intrusivo en su intimidad, no son muchos quienes protestan ante el despliegue de cámaras en estaciones de ferrocarril, supermercados, piscinas, gimnasios, bancos, bares, hospitales, canchas de fútbol.

Merced a una de las escasas protestas, se ordenó retirar las cámaras instaladas en los cambiadores de una tienda de ropa para damas. Motivo de otro reclamo fueron las cámaras emplazadas dentro del baño de una discoteca para prevenir la venta ilegal de drogas. Por más exagerados o intrusivos que estos casos parezcan, resultaron ser asuntos menores frente al escándalo nacional e internacional suscitado por la instalación de cámaras en el frente de bares y otros negocios menos santos del barrio rojo. La policía local acudió a controlar el funcionamiento de esos sistemas de control, y los medios gráficos y la televisión, a tomar imágenes de esos tomadores de imágenes.

Los empresarios del sector se defienden alegando que se trata de la protección de sus establecimientos y empleadas. ¿Hasta qué punto es argumento suficiente la propia seguridad en un caso como éste? Por las dudas, se anticipan a una eventual protesta en tal sentido aduciendo que las cámaras han permitido detener peleas a cuchillo en la vereda.

Curiosamente, los principales opositores a estos particulares sistemas de seguridad son los propios policías. Según ellos, los dueños de los locales los emplean para avisarse entre sí cuando hay operativos policiales en busca de trabajadoras extranjeras sin la documentación en regla. Por su parte, la Oficina de Protección de Datos recomienda que los videotapes obtenidos de ese modo sean borrados después de veinticuatro horas, para evitar todo uso ulterior con otros fines ajenos a la seguridad; por ejemplo, el chantaje. Pero, ¿por qué debería quedar grabada incluso media hora la imagen de un paseante circunstancial o no tanto? En cualquier caso, luego de las voces de protesta y la intervención de dependencias oficiales, la policía y el periodismo, todo sigue igual hasta nuevo aviso.

Muchos se preguntan si el asunto no ha llegado demasiado lejos. Lo que puede ser comprensible en el caso de un banco, y hasta en el de una estación de ferrocarril o una cancha de fútbol asoladas por la delincuencia y la violencia, es difícil de aceptar cuando se trata de un espacio de circulación pública: que a uno lo filmen por el sólo hecho de ir caminando por la calle es un asunto que parece exceder los límites de la seguridad.

Postales argentinas

Usted va caminando por la vereda cuando de pronto, en el rabillo del ojo, algo le llama la atención desde una vidriera: dentro de una pantalla imantacerebros expuesta para la venta, una figura que tiene

un no se sabe qué de familiar pasa caminando y se da vuelta para mirarlo. Sí, es usted mismo, estaban filmándolo.

Esa escena, común en la ciudad de estos tiempos, podría haber sido incluida por Freud en su conocido ensayo sobre lo siniestro (*unheimlich*, lo familiar que se presenta de súbito como no familiar) si en su época, además de los espejos, hubieran existido, no la televisión (condición necesaria), sino las filmaciones de seguridad en exhibición, que pueden enfrentarlo a uno sorpresivamente con su propia imagen. Al menos en este caso es usted mismo el que está mirándolo (mirándose) a través de la pantalla.

Unos pasos más adelante, usted llega al banco, entra y comienza a hacer la infaltable cola de cada día. No se olvide de sonreír para la cámara. Esta vez no es usted mismo quien lo mira del otro lado de la pantalla. Si no le causa gracia, al menos relájese y goce pensando que la seguridad del banco es también en parte la suya propia. Piense además que una filmación como la que lo tiene a usted como personaje en ese momento puede servir para descubrir a un delincuente. No debe descartarse incluso que algunos gocen por el sólo hecho de ser filmados, aunque más no sea como probables sospechosos. Si no es su caso, tendrá al menos que aceptar que usted sabe si es o no delincuente, pero los demás no tienen por qué saberlo.

Un argentino en Holanda

Ahora usted está en Amsterdam, de paseo. Como todo turista que se precie, parte a la consabida incursión por el barrio rojo. Una vez allí, se siente todo un *voyeur* en ese particular mercado de la carne. Con todo, no se olvide de sonreír mientras mira y camina, porque, aunque usted no se dé cuenta, seguramente estarán filmándolo. Tranquilícese, el ejercicio de la prostitución es perfectamente legal en Holanda, de modo que usted (incluso si va más allá de la mera mirada) no estará cometiendo ningún delito, por lo menos contra las leyes holandesas. Si eso no lo tranquiliza, consuéllese pensando que a muchos holandeses les sucede lo mismo, y, llegado el caso, que hasta ahora nada se ha dicho de que se filmen también escenas de interiores.

¿Novela de anticipación?

El escritor inglés nacido en la India George Orwell (1903-1950) imaginó en su célebre novela *1984* un mundo rigurosamente vigilado, donde había cámaras de "seguridad" hasta dentro de las casas, para controlar no posibles asaltos sino a los propios habitantes. Decir que vamos en camino de un mundo semejante sería ir tan lejos como los empresarios del barrio rojo de Amsterdam; y casi tan lejos como la distancia que nos separa de una nota con este comienzo: "¿Qué sentiría usted si leyera aquí en este instante que mientras está leyendo estas líneas en el bar, la plaza, el colectivo o el mismísimo living de su casa, están filmándolo?" Si semejante frase reflejara hechos reales, una nota que comenzara así no podría ser escrita, y mucho menos publicada. La diferencia fundamental radica en que no se trata, como en la novela de Orwell, de un Gran Hermano en quien se centraliza todo control, sino de unos cuantos hermanos pequeños que han resuelto sobrepasar el espacio de control de sus negocios, invadiendo de ese modo el espacio público y, potencialmente, la intimidad y aun la seguridad personal de todo aquel que se pasee por la zona, dejando registradas, sin su conocimiento ni consentimiento, imágenes de su paso.

Por ahora, si está planeando un viaje a Amsterdam, no se olvide de incluir en su valija unas cuantas sonrisas, y por qué no algún peluquín o set de maquillaje, para las múltiples cámaras que estarán esperándolo. Si le sirve de ayuda, parafrasee a T. S. Eliot: habrá tiempo, habrá tiempo de preparar una cara para encontrar las cámaras que te encuentras.